

Un civil llamado Pereira

Jesús M^a Cantalapiedra

CUANDO conocí a Antonio Pereira, yo era un adolescente con los adentros condicionados por la levedad propia de la edad. Sin embargo, siempre creí ver en Antonio un personaje distinto de cuantos observaba a mí alrededor. Años más tarde y sucesivamente lo he ido constatando, tanto en su obra como en ese saber andar por la vida, elegante y señor.

Antonio Pereira es un civil, un cívico, un ciudadano que se me aparece entre la exquisitez ornamental de Jesús Aguirre y la campechanía honda de Hemingway. Como dice Jesús Egido, "con demasiados botones para aceptar la moda, y camisas pulcras de escritor moderno...". El autor de *El Regreso* -Adonais 1964- es, por otra parte, un hombre afable. Con su hombro derecho acercándose a la tierra, Pereira es uno de los pocos leoneses que saludan. En un mundo preocupado por la coyuntura, la crisis y la fiducia, Antonio siempre tiene una palabra amable, un aliento optimista para la sonrisa. Hace ya cinco años tuve el gustazo de entrevistarle y escribí refiriéndome a la grata hora pasada en su compañía: "...hay momentos en que nuestra labor se ve ampliamente recompensada con una hora gratificante y amable...".

Hoy tengo que volver a repetirlo, con la diferencia a mi favor de cinco horas de regocijo. En un salón del Temple ponferradino repleto de gentes plenipotenciarias -"Aquí sólo falta el obispo"-, el civil Pereira presentaba su último libro, su último síndrome. En esta ocasión *El síndrome de Estocolmo*. Un conjunto de síntomas, de cuentos con los que Antonio Pereira, según Ricardo Gullón, nos acerca a las gracias del humor, la sutileza y los primores de una dicción jugosa y expresiva.

Acompañado en la palabra por Ramón Enorme Carnicer, Pereira nos embobó con sus cosas y sus casos a cuantos habíamos acudido a una convocatoria que se adivinaba para el embeleso y el encanto. Yo al menos quedé encantado. Y los gobernadores y los presidentes y un camarero que transportaba, olvidó llevar el agua milagrosa a los oradores.

Después vino la cena, en la que compartí mantel con gentes plenipotenciarias y vasallas. Ahora, el siempre grato recuerdo de un civil llamado Pereira, de un amigo del que aprender cosas de la vida.